

do nos alejamos de Él nos atrae al buen camino, que sus mismos castigos son una gracia, y sentimos, en fin, que nos da esta gracia sin que la hayamos merecido, que la da á todos, que quiere hacer la salvacion de todos y que lo que quiere será. ¿De quién hemos recibido estas convicciones? Jesucristo es el primero que nos ha mostrado el corazon del Padre, cuando ántes de él no se reconocía más que el Omnipotente. Al sentir, pues, que estamos bajo la mano de un Dios de amor, somos cristianos y nuestra religion es la del Cristo.

Los liberales suizos cuyas ideas exponemos insisten en la ley de caridad que Jesus ha dado al mundo: él mismo decía que el amor de Dios y del prójimo forman la esencia de la *buen nueva*. En efecto, Dios es todo amor para nosotros; nuestra mision, nuestra salvacion debe consistir en amar á nuestros semejantes como Dios nos ama. He ahí ciertamente el cristianismo de Jesus. ¿Es ese tambien el nuestro? Los ortodoxos hablan mucho de caridad; pero cuando se recuerda que en otro tiempo encendieron hogueras invocando la caridad, se desconfía de un amor que se concilia con la inquisicion. La caridad, dicen, no existe sino allí donde está la fe, cuando la historia nos enseña que la fe vicia la caridad al punto de trasformar al mismo Dios en verdugo. Mas Jesucristo no subordina la caridad á la fe; hace del amor un mandamiento absoluto. Tal es el verdadero cristianismo de Jesus, y éste está en armonía con todos nuestros instintos, con todas nuestras aspiraciones. ¿Qué otra cosa es, en efecto, la conviccion tan difundida hoy, á despecho de las bulas, de los mandamientos y de los sermones ortodoxos, de que la pureza del corazon y la honestidad de la vida hacen al cristiano y procuran la salvacion, ó, por mejor decir, de que en ellas está el reino de los cielos, que el Cristo decía que está en nosotros? Amemos y extendamos cada dia la esfera de nuestra caridad, y podremos afirmar resueltamente que somos cristianos, y este cristianismo no perecerá (1).

¿Qué importan, despues de esto, las diferencias y opiniones que nos separan de Jesucristo? ¿Qué importa que él se creyera el Mesías? ¿Impide eso que el Dios que nos ha anunciado sea nuestro Dios, que sea nuestro Padre el Padre celestial? ¿Qué

(1) VOGELIN, *Predigten*, p. 203-207.

importa tampoco que creyera Jesucristo en el próximo fin del mundo, y que de esto se resintiera su concepcion de la vida presente y futura? ¿Deja por eso de constituir la esencia de su predicacion el amor de Dios y del prójimo? Lo que hay es que las preocupaciones que había recibido de su naci6n se hallaban en contradiccion con las ideas y con los sentimientos que le eran peculiares. ¿Habrá que recordar aquella expresion, la más atrevida y profunda que se haya pronunciado jamas: "Sed perfectos como vuestro Padre en los cielos? ¿Es acaso cuestion de algunos dias, de algunos años, alcanzar esa perfeccion? ¿No es más bien un fin infinito para una existencia perdurable? El reino de Dios, que vino Jesus á fundar en la tierra, no se debe, pues, tomar al pié de la letra; él mismo decía que el reino de Dios no está aquí ó allí, que no vendrá de modo que salte á la vista, que está dentro de nosotros; tenemos, pues, ó á lo ménos podemos tener, el cielo en nosotros, y ese es nuestro ideal. ¿No es ese tambien el ideal de la conciencia moderna? Por consecuencia, los mismos que creen que no son ya cristianos lo son todavía: si no participan ya de los errores de Jesucristo, comulgan en las creencias y en los sentimientos que tenía la mision de revelar; sus errores son cosas secundarias, constituyen el elemento transitorio que hay en toda obra humana. Las preocupaciones de tiempo y de raza desaparecen, la verdad subsiste (1).

Así, léjos de estar en oposicion nuestro cristianismo con el de Jesucristo, podemos afirmar que el cristianismo de Jesus es el nuestro, ó á lo ménos el que esperamos, ó á lo ménos aquel al cual aspiramos. Hay que distinguir dos partes en el hombre y en sus obras, la parte de la verdad y la parte del error: la primera es evidentemente la que constituye la esencia; la otra está destinada á pasar. Y ¿cuál es la esencia del cristianismo? ¿Es acaso la parte que consiste en las opiniones que no eran propias de Jesus, que eran una herencia de la raza judía, producto del tiempo en que vivió y de las pasajeras influencias que experimentó? Se comprende que se sientan embarazados con esta herencia los ortodoxos, porque, en efecto, siendo Jesus Dios, ó siendo perfecto, ¿cómo concebir que errara? Los liberales no tienen que guardar tales con-

(1) LANG, *Stunden der Andacht*, t. 1, p. 233-235.

templaciones pueden reconocer resueltamente que, habiendo sido hombre Jesus, debió engañarse y se engañó, lo cual no impide que la caridad que predicó y la ley del perfeccionamiento infinito que dió al hombre sean una verdad eterna: los liberales desechan el error y se atienen á la verdad.

Hé ahí en esencia la religion de lo porvenir. El cristianismo ortodoxo no ha logrado, á pesar de heroicos esfuerzos; conquistar el mundo, ni ha prevalecido sobre la religion de Buddha ni sobre la de Mahoma, y es imposible que llegue á ser la religion de la humanidad, porque para ser adoptada por todos los hombres debe ser la religion una religion humana, es decir, proceder de la conciencia y apelar á la conciencia. ¿Cómo pretender que una religion que impone como condicion de salvacion la fe en hechos milagrosos cumplidos en un pequeño rincón del mundo llegue á ser una religion universal? Los mismos que en ella han nacido la abandonan; no hay más que un medio de salvarla, purgarla de esos errores tradicionales. La religion de la caridad dará la vuelta al mundo cuando esté pura de todo elemento supersticioso (1).

¿Por qué no quieren ya muchos hombres religiosos llamarse cristianos? ¿Por qué no se creen cristianos? Porque la ortodoxia, protestante y católica, aunque habla de caridad, se obstina en identificar el cristianismo con hechos y creencias que no puede aceptar la conciencia moderna. Los ortodoxos no quieren oír hablar de un cristianismo que se confunde con la caridad, con la moral, y á su vez los libres pensadores —hablamos de los que creen que la religion es la vida— dicen que se ha superado ya al cristianismo, que cuando se abandonan todas sus doctrinas es una ficcion llamarse cristiano, y aspiran á una nueva religion, sin desear del porvenir religioso de la humanidad. Y hé aquí cómo compromete la ortodoxia la existencia del cristianismo, porque nadie querría quedar siendo cristiano si se defendiera y se arraigara la conviccion de que para serlo había que renunciar á las ideas y á los sentimientos que desde hace siglos alimentan al espíritu humano. Demos gracias al protestantismo liberal, porque él sólo puede reconciliar la civilizacion moderna con el cristianismo de Jesucristo.

(1) VOGELIN, *Predigten*, p. 8-13.

¿Podemos desechar las opiniones de Jesucristo acerca de su mesianismo, acerca del fin del mundo, acerca del cielo, del infierno y de los demonios, y, sin embargo, continuar llamándonos cristianos? Sí, dicen los liberales suizos, si practicamos la ley de perfeccion que Jesus nos ha enseñado, si amamos á Dios y nuestro prójimo. El mismo Cristo nos autoriza á dar esta respuesta. Él se llama el Mesías; pero ¿quiere esto decir que sea preciso creer en el Mesías para lograr la salvacion? Jesucristo responde que será perdonado el que hable contra el Hijo del Hombre, pero que no lo será el que hable contra el Espíritu Santo; no liga la salvacion á la fe en su persona ni á dogma alguno, mas la hace depender de la investigacion y de la práctica de la verdad. Lang pregunta cuál era la fe dogmática de la pecadora á quien dijo Jesus: "Mucho te será perdonado, porque has amado mucho." ¿Sabía ella acaso que Jesus era el Verbo, consustancial al Padre? ¿Sabía que el Espíritu Santo lo hubiera engendrado en el seno de una virgen? ¿Sabía que serviría su sangre de expiacion á los pecados de los hombres? Y, sin embargo, Jesus le dice que se salvará (1).

Podemos, pues, prescindir resueltamente de cuanto Jesucristo pensaba respecto de los ángeles y los demonios y acerca de su mesianismo; no seremos por eso ménos cristianos. ¿No lo hizo Él mismo así respecto del mosaismo? Él decía que había venido á cumplir la ley y los profetas, y, sin embargo, ¿quién no conoce las famosas antítesis: "Oísteis que fué dicho á los antiguos... mas yo os digo?," Si el Cristo no se creyó ligado á las opiniones de Moises y de los profetas, ¿por qué nos habríamos nosotros de creer ligados á las opiniones del Cristo? Si Él se llamaba discípulo de Moises y de los profetas desechando la letra para atenerse al espíritu, ¿por qué no habríamos nosotros de hacer otro tanto? ¿Dejarémos de ser cristianos siguiendo el ejemplo de nuestro Maestro? Él fué el primero que predicó el perfeccionamiento moral; por consecuencia, si tratamos de ser perfectos como nuestro Dios en los cielos, somos cristianos. Á ejemplo del Cristo, desechamos las creencias que repugnan á nuestra conciencia y á nuestra razon. La religion que enseña el perfeccionamiento infini-

(1) LANG, *Stunden der Andacht*, t. 1, p. 235 y siguientes.

to es, por lo mismo, una religion perfectible, y nos autoriza á desechar los errores que dañan á nuestro desarrollo intelectual y moral. Libertad y verdad: esa será nuestra divisa, como era la del Cristo. No creerémos que poseemos la verdad entera, porque Dios nos ha creado para buscar la verdad y no para recibirla enteramente hecha de sus manos; en esa indagacion nos acercamos constantemente al fin sin alcanzarlo jamas; hay, pues, siempre una parte de error en nuestras creencias, como hay una parte de verdad, y nuestra mision es mantener la verdad desechando el error. Hé ahí por qué rechazamos los dogmas que hace dos mil años podían convenir á los hombres, pero que ya hoy tan léjos están de convenirles, que basta predicarlos para suscitar repugnancia hácia el cristianismo y la religion (1).

Llegamos con esto al extremo límite del liberalismo cristiano: admitir que la religion es perfectible es dar la mano á los libres pensadores; y en este terreno, la conciliacion de la fe y de la razon es imposible, ó, por mejor decir, está ya hecha. Los libres pensadores que mantienen la idea religiosa, que creen que la moral es idéntica con la religion, son cristianos á la manera de los protestantes liberales de Suiza, pueden darles la mano; pero ¿no es esa misma concordia una prueba de que el cristianismo liberal no es ya cristiano sino de nombre? Hay que responder francamente con los pastores suizos: Sí, el cristianismo liberal no es ya el cristianismo de otros tiempos; éste era dogmático, mientras el nuevo cristianismo es moral. Decimos de intento el nuevo cristianismo, porque es nuevo; mas es tambien antiguo, porque se remonta hasta Jesucristo. Y no hay contradiccion alguna en estas palabras; son la aplicacion al cristianismo de la doctrina del progreso: lo porvenir procede de lo pasado, aunque modificándolo. Pero se dirá que de progreso en progreso llegará la humanidad á una religion que no será ya el cristianismo; y siendo así, ¿quién nos garantiza que no ha llegado ya ese momento? ¿Qué se hace entónces la pretension de los protestantes liberales de que el cristianismo es la religion definitiva? Siempre renace la misma cuestion. Oigamos la respuesta de los liberales suizos.

(1) VÖGELIN, *Predigten*, p. 269, 286 y sig., 321. — LANG, *Sünden der Andacht*, t. 1, p. 281.

III.

La cuestion se concentra en Jesucristo y en la Sagrada Escritura. ¿Puede haber cristianismo sin la persona del Cristo, sin la Biblia? ¿Y qué se hace de Jesus y del Evangelio en el cristianismo liberal? ¿Qué se hace de la religion práctica que se liga á la persona de Jesucristo? ¿Qué del culto que celebra su nacimiento, su muerte, su resurreccion, su ascension? Lang responde que nos "queda una vida y una muerte de amor," y que esto basta para nuestra edificacion, para la obra de nuestra salvacion. En este sentido se puede decir que el Jesus histórico es el principio del cristianismo, el principio de la vida religiosa. Los protestantes, áun los ménos ortodoxos, insisten en que Jesucristo es el único, aquel sin el cual no habría ni cristianismo ni religion. Es, en efecto, el único, dicen los Suizos, por su caridad, por su sentimiento religioso: ¿dónde hay un sabio de los tiempos antiguos, dónde el revelador que se pueda poner por cima del carpintero de Nazareth, ni comparársele siquiera? ¿Quién ha enseñado á los hombres que tienen un Padre en los cielos que vela por ellos, como vela por la naturaleza? ¿Quién ha revelado á los hombres que deben tender á la perfeccion divina, y que esta perfeccion consiste en amar á sus semejantes? ¿Quién ha practicado como Jesucristo la ley de caridad? Su vida y su muerte fueron una obra de amor, y una y otra han sido únicas en la historia. Desde el día en que el Hijo del Hombre, nacido en un pesebre, pereció en una cruz, se convirtió en ideal, ideal que desesperan de alcanzar los hombres, contentándose con imitarlo. Los Suizos se separan en este punto de los protestantes más avanzados, para acercarse á los libres pensadores.

Los protestantes liberales, y áun los filósofos, se complacen en elevar á Jesucristo por cima de la humanidad, no para hacer de él un personaje divino, sino para representarlo como el órgano por excelencia del sentimiento religioso: el dón del genio, dicen, es alcanzar la perfeccion en todas las manifestaciones de la vida. ¿Piensa alguien en superar á Homero? Jesus será tambien el único, el incomparable. Yo no veo, responde Lang, que esté interesado el cristianismo en que se eleve á Jesus tan alto, que no se le pueda alcanzar; en cuanto ya no

es Dios, entra en las condiciones generales de la humanidad; y lo que el hombre pudo realizar hace dos mil años con el apoyo de Dios, ¿por qué no ha de poder lograrlo en lo porvenir? No sucede con el sentimiento religioso como con los dones del espíritu que forman al poeta, al artista, al filósofo: éstos son peculiares del individuo, y por lo mismo incommunicables; pero la caridad, ¿no existe en toda alma humana? ¿No es, en cierto respecto, independiente del desarrollo intelectual? ¿Por qué, pues, no ha de poder elevarse á la altura de Jesucristo? Nada más natural que el que hayan desesperado de alcanzar su grandeza los hombres mientras lo han venerado como Dios; pero si Jesus es hombre, y, por tanto, falible, imperfecto, no es ya imposible que tenga hermanos, cada día más numerosos, que adquieran la perfeccion relativa á que él se elevó. Y esto, no sólo es posible, sino que debe ser. La Edad Media tuvo ya su *Imitacion de Jesucristo*, que se puso al par del Evangelio; ¿por qué no habrá de tener la suya el porvenir? Será otro ideal; pero más fácil de realizar, porque nosotros no ponemos ya la perfeccion en estar fuera y por cima de la naturaleza, sino en cumplir la mision que Dios nos ha dado dentro de los límites de nuestra naturaleza.

Estas consideraciones no agotan todavía la cuestion. Hasta ahora es el Cristo objeto de un culto: el nacimiento de un Dios es lo que se celebra en Navidad, la muerte del Dios-Hombre es lo que se conmemora el Viérnes Santo, su resurreccion constituye la alegría de los fieles en Pascua, y la Ascension no se concibe sino en un sér divino. Ciertamente, dice las *Voces del tiempo*, que no podemos ya adorar á Jesus-Hombre; pero continuaremos venerándolo y lo veneraremos más cada día, á medida que hagamos progresos en la caridad. Schiller decía de una de sus poesias: tú serás inmortal, porque el corazón fué quien te creó; ¿qué no habrá que decir de Aquel que fué todo corazón, todo amor? No perecerá Aquel cuya vida y cuya muerte fueron un sacrificio á los más grandes intereses de la humanidad; no será ya el Salvador de la vieja ortodoxia, el Dios-Hombre, cuya sangre rescató á los hombres de un pecado imaginario; pero Jesus, hombre, ejercerá mayor influencia en nuestro perfeccionamiento que Jesus, Hijo de Dios. No podíamos, sin caer en sacrilega locura, pensar en llegar á ser perfectos como él que era el Verbo

encarnado; mas podemos y debemos ser perfectos como el Hijo del Hombre (1).

Hemos analizado las *Voces del tiempo*; y como se ve, pueden los libres pensadores hacerse miembros de una Iglesia que no reconoce ya nada de sobrehumano en el Cristo y que se limita á celebrar su caridad. Acaso insistirían ménos en su perfeccion relativa. No conocemos su vida, y respecto de su muerte, no dirémos ya, con Rousseau, que fué la muerte de un Dios, mientras la de Sócrates fué la muerte de un hombre, porque la una es tan admirable como la otra. Tenemos tambien mayor confianza en lo porvenir que los protestantes más avanzados. Si es verdad que el hombre va perfeccionando incesantemente, no solamente su inteligencia, sino tambien su alma, ¿por qué ha de quedar Jesus como el único, segun lo considera todavía las *Voces del tiempo*? Se admite que podamos igualarlo, mas no se osa decir que lo superaremos, sin reparar que si podemos igualarlo, tambien podemos superarlo. Áun exaltando su caridad, los Suizos confiesan que Jesus se engañó, que erró: confesion decisiva, porque resuelve la cuestion. Oigamos al más franco de los protestantes liberales, al pastor Vögelin.

Él celebra tambien la caridad del Cristo, y dice con razon que ese sentimiento era el primer móvil del Hijo del Hombre, pues veía por todas partes en la naturaleza la mano de un Dios bienhechor que viste los lirios del valle y alimenta las aves del cielo. ¿Habrá Dios de tener ménos amor á los hombres que á los animales y á las plantas? No, vive en el mundo, y el mundo no vive sino por él; no cae un cabello de nuestra cabeza sin que él lo sepa, sin que él lo quiera. Viviendo de la vida de un Dios de caridad, nuestra ley debe ser tambien el amor: Amad á Dios de todo corazón y á vuestro prójimo como Dios os ama; hé ahí el sentimiento religioso del Cristo. Esa es tambien la esencia de la religion segun los protestantes liberales; eso es lo que hay de inmortal en la obra del Cristo. En este sentido el mundo es y seguirá siendo cristiano, y, por tanto, subsistirá tambien Jesus: ¿cómo hemos de olvidar al que nos ha revelado la ley de vida? No será ya Jesus lo que San Pablo y San Juan creían que era; y hay que decir más: Jesus dejará de ser

(1) *Zeitstimmen aus der reformirten Kirche der Schweiz*, 1865, páginas 280-302.

lo que Él mismo creía, el Mesías que había de venir á juzgar el mundo. Este es un hecho de inmensa gravedad: Jesus se creía el Mesías y se engañó; Jesus predicaba que la consumacion final estaba cerca, y que Él volvería rodeado de ángeles para juzgar á los hombres, y se engañó. ¿Es indiferente ese error? No ciertamente: ese error fué lo que inspiró al Cristo en su dolorosa carrera; ese error le sostuvo en sus angustias; ese error le dió discipulos, y ese error, en fin, convirtió á los gentiles. El revelador que se engaña en el principio mismo de su revelacion no puede ser el único. La revelacion, en cuanto es una concepcion de la vida, ha sido ya superada; hay un abismo entre el espiritualismo evangélico y nuestras ideas. Hé ahí por qué se olvidó al Cristo; mas es una ingratitud, porque Él fué quien abrió el camino por el cual marchamos, y Él es siempre nuestro guía y nos inspira á un cuando ignoremos su nombre, lo cual quiere decir que su nombre no debe perecer (1).

No, no perecerá, mas no será el único; y este es el único vínculo con lo pasado que tienen que romper los protestantes liberales, si quieren atraer á los libres pensadores. ¿Dejarán por esto de ser cristianos? No, pero no tendrán ya por el Cristo esa veneracion exclusiva, y, para calificarla como se merece, exagerada, que es como un resto de la vieja idolatría. Repróchase á los libres pensadores el no guardar á los grandes personajes que cumplen una mision en la historia la admiracion que se les tributaba en otro tiempo. El hecho es cierto; pero ¿es acaso un crimen? Los Griegos divinizaban á sus héroes; los cristianos han hecho de Jesucristo un Dios; unos y otros ignoraban las leyes que presiden al desarrollo de la humanidad: no son los grandes hombres los que hacen la humanidad, sino que es la humanidad quien hace los grandes hombres. Si Jesus hubiera nacido en Roma, en vez de nacer en Nazareth, no habría pensado en ser el Mesías: necesitóse, pues, toda la vida del pueblo judío, sus sufrimientos y su destierro, sus poetas y sus legisladores, para que Jesus fuera posible. Cuando las ideas están ya maduras, nacen los grandes hombres; se aprovechan del trabajo de las generaciones que les han precedido; y sin ese trabajo secular no se les concebiría y serían impotentes. ¿Quién inspira á la humanidad en su incesante

(1) VÖGELIN, *Predigten*, p. 8-10, 207-208.

trabajo? Dios. Dios será, pues, el único objeto de nuestro culto; Jesucristo descenderá del trono á que lo había elevado la idolatría; y aunque será siempre uno de los grandes personajes de la historia, el más grande de los reveladores, no será, después de todo, sino un órgano de la humanidad.

IV.

Después de lo que hemos dicho de la gran figura del Cristo, es ya casi ocioso hablar de la Escritura. Era para los reformadores el Arca santa, el fundamento inquebrantable de la fe; y hoy todavía los ortodoxos y los liberales inconsecuentes la llaman la *palabra de Dios*. ¡*Palabra de Dios* la Escritura! exclama las *Voces del tiempo*. Abrámosla y oigamos si es Dios quien habla. Leemos en ella las reglas segun las cuales debía construirse el templo: ¿sería Dios profesor de arquitectura? Leemos en ella qué animales son puros y qué otros son impuros: ¿ejercería Dios la funcion de médico? Leemos en ella cómo debe vestirse el sacerdote, y cómo debe manejar el cuchillo cuando inmole los animales destinados al sacrificio: ¡singular solicitud que trasforma á Dios en sastre y en carnicero! Hé ahí cosas que hacen ya reflexionar sobre la pretendida *palabra de Dios*. ¿Qué será si inquirimos los sentimientos morales del Dios de la Biblia? Leemos en ella que Dios ordena á los Hebreos que roben á sus huéspedes, los Egipcios, los vasos de oro y de plata: ¡qué sacrilegio suponer que Dios aconseja el robo! Un profeta manda á Samuel, en nombre de Dios, que mate á todos los Amalecitas hasta el último vástago; ¡sin perdonar á los ancianos, ni á las mujeres, ni á los niños que estén al pecho de su madre! ¡Si la Escritura es la *palabra de Dios*, Dios será, pues, un Dios sanguinario y asesino! Al lado de esos horrores se hallan necesidades: la *palabra de Dios* es á veces muy divertida. ¡Una burra se encuentra á un ángel en su camino; se espanta, no se sabe bien por qué, sin duda porque es un animal estúpido; pero no tanto, porque su espanto le da el dón de la palabra, y le hace mantener una bella conversacion con su amo en puro hebreo! ¡No todos los milagros son tan festivos! Un bárbaro guerrero manda al sol que se detenga en su carrera para permitirle exterminar á los enemigos. ¡Dios había olvidado, al parecer, que es la tierra quien gira alrededor del sol, y so-

bre todo había olvidado que es el Dios de caridad!

¿Acaso la *palabra de Dios* escrita en el Nuevo Testamento es más sensata que la *palabra de Dios* consignada en el Antiguo Testamento? Jesucristo, que se afirma es el Hijo de Dios, dice á quien quiere oirlo que se acerca el fin del mundo, que la generacion á la cual habla verá la consumacion final, y que él, el Mesías, vendrá en las nubes acompañado de ángeles para juzgar á los hombres. ¡Y eso se llama la palabra de Dios! ¡Dios habría dicho, pues, lo contrario de la verdad; porque el mundo no ha perecido, y el Mesías no es más que una quimera judaica! San Pablo escribió en una de sus epístolas que los ídolos de los paganos son seres reales, demonios: ¡sueño judaico tambien, que será preciso atribuir á Dios, si la Escritura es la *palabra de Dios*! El apóstol de los gentiles dice que la virginidad es superior al matrimonio, que el matrimonio no es bueno sino como remedio contra la incontinencia, porque vale más casarse que arder. Esta *palabra de Dios* ¿era innoble concepcion de la union de dos almas? La *palabra de Dios* ordena que se condene á muerte á los hechiceros; y fundándose en la autoridad de la Escritura han encendido los papas las hogueras en que han perecido millares de inocentes. Como siempre, lo necio se halla al lado de lo horrible: hay demonios que entran en un rebaño de puercos, y después, los animales poseidos se suicidan arrojándose al agua; ¿será eso tambien *palabra de Dios*? ¿Se ha reflexionado bastante en lo que se atribuye á Dios, llamando *palabra de Dios* todos los errores, todos los crímenes de que está llena la Escritura? Guizot ha llamado la esclavitud el mal de los males, el crimen de los crímenes, ¡y, sin embargo, Bossuet probó, con el texto en la mano, que la esclavitud está autorizada por la *palabra de Dios*! (1).

La crítica es dura, pero justa. No hay palabra de Dios en el sentido que pretende la ortodoxia; Dios ha escuchado desde la eternidad la oracion que le dirigia Lessing; se ha guardado de comunicar á los hombres la verdad enteramente hecha, porque habría sido trasformarlos en máquinas, y les ha dado la mision de buscar la verdad á riesgo de que se engañen. El error que hace ejercitar la inteligencia es más saludable que la verdad que la

(1) *Zeitstimmen aus der reformirten Kirche der Schweiz*, 1865, páginas 101-103.

mata. ¿Quiere esto decir que dejará de tener la Escritura un valor religioso? Cuando se sabe que Jesus procede del mosaismo, y que no conocemos los sentimientos de Jesus sino por los Evangelios, no se puede decir ciertamente que la Escritura sea mera curiosidad teológica. Las *Voces del tiempo* mantiene la Escritura como una fuente de nuestra salvacion. Lang dice que el Espíritu Santo alienta en ella; que si la idolatría y la barbarie han tomado de ella autoridad, tambien hallará el espíritu más libre inspiraciones religiosas. El pastor suizo añade que la Biblia es en ese sentido una palabra de Dios; pero que no es la última palabra de Dios (1). Estamos de acuerdo, mas con una reserva: la Biblia es la palabra de Dios, pero los *Diálogos* de Platon son tambien la palabra de Dios; el pensamiento de Sócrates, difundido por sus discipulos, ha acabado por encarnarse en la humanidad; de él nos aprovechamos tanto como de los salmos ó de los Evangelios, y no son éstos más que aquéllos fuente de vida. Si la inspiracion religiosa es ménos poderosa en el filósofo griego, en cambio no turban su razon las preocupaciones religiosas. Dios no cesa de hablar á los hombres; que éstos ilustren su conciencia y podrán escucharla. Ahí está el Espíritu Santo, y no en una letra muerta escrita hace millares de años para otros hombres y bajo el imperio de ideas y sentimientos que no son ya los nuestros.

§ V.—Los Estados-Unidos.

I.

Oponen los ortodoxos á los novadores el poder de la tradicion; pero hay un poder más grande que el de lo pasado, el de lo porvenir. Es vago, se dice, é imperceptible, y lo es ciertamente para los que están ciegos; mas para los que quieren abrir los ojos hay señales del tiempo que no dejan ninguna duda respecto del destino religioso de la humanidad. Acabamos de recorrer el continente; en todas partes hemos hallado el mismo espíritu, las mismas tendencias; y pasando al Nuevo Mundo, vamos á encontrar ideas y sentimientos idénticos

(1) LANG, *Stunden der Andacht*, t. I, p. 171, 175.—*Zeitstimmen aus der reformirten Kirche der Schweiz*, 1866, páginas 330 y siguientes.